

Wonder

Enrique del Risco

InCUBAdora Ediciones

Wonder:

No voy a hablar de lo jodida que está la generación de nuestros padres porque no hay para cuando acabar. Incluso si se la compara con la de nuestros abuelos, esos que decían que si algo no se podía prestar era la yegua porque lo que era la mujer la regalaban. Se suponía que fuera un chiste. Aunque la comparación entre padres y abuelos siempre va a ser injusta. En contraste con los padres los abuelos siempre te van a parecer gente equilibrada, llena de sensatez. Mis abuelos al menos tenían tres o cuatro cosas claras en la vida: que es una sola, que la familia es lo más importante y que, como dice la canción, hay que vivir el momento feliz, hay que gozar lo que puedas gozar. En cambio mis padres y todos los padres de mis amigos (con excepciones, claro) son unos locos de mierda. Pero no se les puede pedir mucho: al fin y al cabo son los hijos la Revolución. Hijos incluso si, como el mío, la ayudaron a venir al mundo. Gente que creyó que iban a transformar el mundo por completo, con cada una de las partículas que contenía. Gente que creyó tener el poder para hacer desaparecer de la vida todo lo que detestaban. Renunciaron al papelito mierdero que les había tocado al nacer para convertirse en hijos de la Revolución. O en sus soldados, que es casi lo mismo. Y al final se han visto con las manos llenas de la más perfecta y absoluta nada.

El British tiene la teoría de que como nuestros padres no tienen herencia que dejarnos los desespera no tener una manera con la cual tenernos bajo control. Pero eso no lo explica todo. No explica que entre intentar ser felices o no intentarlo siempre escojan resingarse sus respectivas vidas y la de todo el que está a su

alrededor. Ni explica que siempre anden peleando por nimiedades y obvien las cosas importantes como si en esos detallitos les fuera su dignidad, el sentido de sus vidas. Como si no soportaran vernos felices porque no se perdonan toda la mierda que comieron cuando les tocó tomar decisiones importantes. Gente que ha pasado sesenta o setenta años en este mundo sin haber aprendido nada: pasan por la vida como si fuera solo un ensayo, como si no se fueran a morir nunca. Como si la vida no fuera cosa de ellos porque la que les tocaba la dejaron hace tiempo y tuvieron que vivir una vida prestada. Y algo de eso hubo. O se creyeron que eran los constructores de una nueva era de la humanidad y se entregaron en cuerpo y alma a ella mientras alguien decidía todo por ellos o se pusieron en contra y cayeron en lo mismo que los otros aunque fuera por negación. Si Fidel decía que era de día ellos respondían que era de noche entre otras cosas porque nunca se les ocurrió que pudiera haber otras opciones. Al final todos son —como dice el British— una generación de revolucionarios, da igual que hubieran puesto a favor o en contra de aquello. Gente inconforme con todo lo que tienen pero conforme con lo que no tienen. Empezando por la felicidad.

La generación de nuestros padres está jodida pero si hay todavía algo más triste que ellos somos nosotros mismos, los sapingos que hemos terminado haciéndoles caso. Los que hemos decidido reincidir en el error. Yo, sin ir más lejos. Mi hermana será una loca inescrupulosa pero al menos supo escaparse a su manera. Aunque de esa trampa nadie se escapa del todo. Yo no. Yo le seguí los pasos al viejo, lo ayudé en todos los negocios que emprendió como si fuera un Mesías, como si él supiera de antemano todo lo que iba a ocurrir y solo faltara ir a recoger el botín. Y parecía que era verdad, que se las sabía todas, digo. Llegó aquí y era como si hubiera vuelto a nacer. A diferencia de otros viejos a los que les cuesta muchísimo adaptarse y los ves aquí con el alma a los pies y la mirada perdida él se volvió emprendedor y entusiasta y al ratico ya había abierto un taller de carpintería, ebanistería y reparación de muebles. Y los que habían estado preso con él eran sus hermanos y a

nosotros nos trataban como familia. Como la parte más querida de la familia al menos.

La primera vez que fui al picnic de la Asociación de Ex Presos Políticos le llevé a él y a mi madre dos platos de cartón con congrís, carne de puerco y yuca y después que puse los platos frente a ellos sentí el impulso de besarle la cabeza a mi padre. Miré a mi alrededor pensando que lo iban a tomar a mal y me di cuenta que todos aquellos viejos estaban a punto de llorar. Hasta hubo uno que preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevan ustedes aquí?

Mi padre le dijo que sólo llevábamos tres meses y el que había hecho la pregunta soltó un “aaaah” de alivio, como si eso explicara todo.

A mí siempre me ha gustado estar entre aquellos viejos. En general son gente divertida o por lo menos siempre están haciéndose bromas como si fueran niños. Como si el tiempo que estuvieron en la cárcel no lo hubieran gastado y ahora quisieran usarlo. Ahí el que más y el que menos pasó quince o veinte años en la cárcel. En cualquier fiestecita que hacen reúnen al menos un par de siglos de prisión. Y no les preguntes cuánto tiempo estuvieron en la cárcel porque te puedes encontrar con alguno que te responda “Nada más que estuve diez años”, como si se avergonzara. Los hay que estuvieron hasta treinta años. Conozco a uno que entró a la cárcel con quince años y cuando salió apenas tenía cuarenta y uno y ya había estado dentro veintiséis, uno menos que Mandela. Pero lo principal no es que hayan estado presos tanto tiempo. Lo importante es que con ellos me siento cómodo. Aquí arriba los cubanos se dividen en intelectuales, jineteros y los viejos. Los que se creen que están en algo, los que no quieren estar en nada y los locos. Eso no significa que no haya intelectuales que se comporten como jineteros o que mecánicos que se crean intelectuales. El resto son los ricos y los sobrevivientes que son como los ricos y los sobrevivientes en todos lados: para ellos nacer en un lugar maldito como Cuba es solo un accidente del que tratan de recuperarse como pueden.

Los presos son distintos. Los presos nunca se han recuperado de la circunstancia de haber nacido en Cuba. Y ahí está Hemingway. Le dicen así porque una vez le preparó un atentado a Fidel durante una visita que hizo a Panamá. Con un fusil para cazar elefantes. De ahí el sobrenombre. Uno se piensa que eso sólo pasaba en los años sesenta pero no. Lo del atentado de Hemingway fue al poco rato de yo estar por acá, a finales de los noventa. No me extrañó que se jodiera porque una semana antes de la fecha del atentado ya todo el mundo aquí en el barrio conocía el plan. Por supuesto, lo cogieron preso antes que pudiera acercársele a la Bestia. Debe de haber sido cómico ver a Hemingway explicar qué hacía con un fusil para cazar elefantes en Panamá. Tuvo suerte de que lo soltaran enseguida. De todo aquello le quedó la nostalgia por la oportunidad que perdió de entrar en la Historia. Eso y el apodo.

Aunque a todos esos viejos el reuma y la artritis se los están comiendo no dejan de pensar en que les queda algo por hacer. Salvar al mundo si es que liberar a Cuba se les pone difícil. Serán unos locos pero los admiro. Confieso que hasta la palabra “revolución” en boca de ellos me conmueve. Porque no la veo como un montón de altoparlantes atormentándote con himnos y discursos, o gente marchando, o colas para comprar comida o para buscar agua en una pipa o chivatos vigilándote todo el tiempo y preguntándole a tus amigos por ti y a ti por tus amigos y metiéndole miedo a todo el mundo. En los viejos percibo esa palabra como algo limpio, una manera de acabar de una vez con todo lo que le asquea a uno en esta vida. Una revolución de verdad *is a fresh start*. Eso que uno está buscando siempre aunque no quiera confesárselo. Borrón y cuenta nueva. Romper con las cosas que a uno no le gustan o le hacen daño. Vivir con el alma limpia. Como cuando después de escribir un mensaje muy furioso lo rompe y lo escribe de nuevo, como si no hubiera escrito nada antes, como si no hubiera sentido toda aquella rabia.

Pero ahí está el gran problema de la vida: nada se puede borrar. A veces se tiene la impresión de que sí pero en el momento menos pensado todo regresa de nuevo. Y Juan Carlos —que piensa que todo se puede resolver hablando— dice que la

revolución es una forma de engañarse, de creer que uno puede de pronto arrancar de nuevo sin compromisos con el pasado y que eso es mentira. Lo interesante de la vida —dice él— lo valiente, es asumir esos compromisos por poco que le gusten a uno. Yo a veces le creo y me parece genial lo que dice pero otras me luce como una forma de asumir que no podemos hacer nada por cambiar nuestra vida, que debemos resignarnos con lo que nos tocó porque tarde o temprano el pasado va a venir a reclamar su parte.

A la larga creo que Juan Carlos y los intelectuales en general pecan de confiar demasiado en la comprensión y la tolerancia. En estos tiempos la tolerancia está *overrated*. La tolerancia, el entendimiento entre los pueblos. Todo el mundo se llena la boca para criticar la violencia. ¡Como si el mundo en que vivimos no existiera gracias a la violencia! ¿Cuántas veces, luego de estar hablando uno durante horas para que te resuelvan un problema, basta un manotazo arriba del mostrador, levantar la voz, para que se resuelva lo que parecía imposible? Como si fuera magia. Y no es que yo crea que la violencia es la solución para todo pero estoy convencido de que la mayor garantía de que las cosas funcionen por vías pacíficas es la certeza de que la violencia es todavía posible. Esa es la única razón por la que todos esos policías —que ya deben andar allá afuera como locos— no se hayan atrevido a entrar aquí todavía.

Mi padre es amigo de todos los viejos ex presos —incluso se le considera parte de ellos— pero al mismo tiempo hay algo que lo distancia y es que mi padre no está tan loco como ellos. Él nos acompañaba a las manifestaciones frente a la misión cubana ante la ONU pero yo creo que lo hacía más por el orgullo que sentía de que sus hijos estuvieran metidos en algo importante que porque en realidad le interesara o porque creyera que así se iba a conseguir algo. A él le falta la ilusión, la bobería que tienen los demás. Eso explica en parte por qué, habiendo llegado aquí mucho más tarde que los otros, haya conseguido levantar un negocio mientras los demás fracasaban sin descanso. La obsesión de mi padre, por lo menos la visible, era levantar un negocio que poder legar a sus hijos, convertirnos en herederos. Al menos

a mí porque se dio cuenta muy rápido que mi hermana iba a tomar un camino distinto a cualquiera que él deseara o pudiera siquiera imaginar.

A él le gusta hablar del tiempo en que estaba alzado contra Batista o contra Fidel, o de cuando estuvo preso pero cuando se habla del presente de Cuba es como si le hablaran de un lugar que conoce solo de oídas y no le interesa demasiado. Su acercamiento a la política local nos sorprendió a todos. De la noche a la mañana empezó a codearse con Paul Bonilla, el representante de nuestro distrito en el Congreso desde tiempos inmemoriales. Un espécimen con fama de inalcanzable, de esos que se aparece en un acto con su traje caro y su piel casi transparente —porque esa gente nunca coge sol si no es en las Bahamas— y se para en la tribuna, dice cuatro oraciones en un español criminal y se va. A sus canchanchanes en el pueblo se les ilumina el rostro por haberse dignado a asomarse al acto y hasta tirarse alguna foto mientras el resto todavía nos estamos preguntando a qué carajo vino. Pues ese ser inalcanzable y escurridizo se empezó a aparecer a cada rato en los bajos de nuestro edificio para recoger al viejo. O hasta subía al apartamento a tomarle el café a la vieja. Y la cara de mi padre empezó a aparecer en los periodiquitos del barrio y se convirtió en el personaje con quien los presos y todo el que nos conocía —o no nos conocían pero venían recomendados con alguien— venían a hablar si querían ser atendidos por Bonilla. Más que respeto eso le ganó la reverencia entre la gente porque nadie se quería poner en malas con quien te podía ayudar a resolver los papeles de un primo o sacarte un hijo de la cárcel. Cuando alguno de los presos políticos se quería hacer el gracioso e insinuar que el nuevo poder de mi padre se debía a que le estaba cogiendo el culo al representante a la cámara el viejo lo miraba sonriente pero con una risa fría de las que él suelta y movía los dedos como si fueran unas tijeras y ya con eso quería decir que se había pasado con la gracia o que le iba a cortar todo acceso al poder. Eso bastaba para que el pobre humanoide dejara de hablar el resto de la noche.

La satisfacción de saberse con ese poder indefinible pero sólido no ayudaba a que se portara mejor cuando yo traía una muchacha a la casa. Con ellas era impertinente,

cuando no grosero, como si le pareciera que ninguna de ellas era digna de compartir la herencia de dinero y respeto que estaba reuniendo con tanto esfuerzo. Eso también me pasó con Melina aunque al ataque frontal de mi padre se sumó el de mi madre en eso que en los anales familiares se conoce como el Incidente del Arroz con Pollo.